

Mariano Tudela (A Coruña 1925 - Madrid 2001). *In Memoriam*

Juan M. RIBERA LLOPIS
Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

...dunha formación intelectual profunda, dunha vocación irrevocable, dunha práctica ab origine. E por riba de todo, está dotado dunha sensibilidade especial para captar xusto o momento vital do ser humano (Luz Pozo Garza, *La Voz de Galicia* 25/4/2012)

DEL HOMENAJE A UN ESCRITOR A SU LIBRO PÓSTUMO

Juan M. Ribera Llopis (UCM)

La madrileña Casa del Lector (Matadero. Paseo de la Chopera, 14) y mediante las palabras por guías de Darío Villanueva (Secretario de la RAE), César Antonio Molina (Director de la “Casa del Lector”), Ramón Pernas (Director de “Ámbito Cultural” de El Corte Inglés), junto al editor Enrique Alvarellos y a la responsable de la edición que nos ocupa, Olivia Rodríguez-Tudela (UAC), acogió, atardecido el miércoles 19 de diciembre del año 2012, el recuerdo de la personalidad de Mariano Tudela (1925-2001) y la vigencia de su escritura. En torno a la presentación de *Una vida de literatura. Obra periodística recuperada, 1948-2000*¹, la memoria empapada de respeto y amistad de los integrantes de la mesa desgranó el perfil humano y literario del autor, y condujo a los asistentes de la anécdota íntimamente guardada al juicio crítico sobre una obra cerrada de quien fuera narrador y biógrafo, periodista y guionista de radio y televisión y aún de cine aunque sin ver realizado

su material; y también traductor junto a su esposa Ascensión González Deus (1931-1995). Todo ello a partir de 1948 pero con algún relato y artículo previos, como notifica su hija y ahora biógrafa y editora, O. Rodríguez-Tudela, en el prólogo del citado volumen (p. 17); texto donde el escritor, sea asimismo dicho, se enmarca entre una sabrosa saga galaica y su incorporación a la vida literaria coruñesa y madrileña, ya aquí desde 1956 y abriendo las páginas de la revista coruñesa *Atlántida* (f. 1954) a una rica colaboración peninsular.

Filológicamente acompañado del citado prólogo que va *De la fotografía íntima al retrato en grupo de un escritor del ‘medio siglo’*, de los criterios de edición y de la bibliografía del autor, más una ejemplar serie de ilustraciones —entre fotografías personales y material autógrafo— y la cuidada referencia a la fuente periodística de los artículos, el volumen se ordena a lo largo de cinco apartados temáticos. *Raros, bohemios y generaciones literarias* y *La dignificación literaria de la prensa*, de un extremo, y *Noticias literarias de otros mundos* y *Crítica literaria y crónica personal*, del otro; dobles tablas de un tríptico, cuya lámina central versa acerca

¹ Mariano Tudela, *Una vida de literatura. Obra periodística recuperada, 1948-2000*, edición al cuidado de Olivia Rodríguez-Tudela. Santiago de Compostela, Alvarellos Editora, 2012.

de *Galicia artística y literaria*, ordenación que no excluye nombres gallegos de los otros apartados –así, sobre el ourensano Xavier Bóveda en el primero o sobre Marcial Suárez, Manuel María o José Blanco Amor en el último. Con todo y dado el destino editorial de estas líneas, atenderemos a aquellas páginas centrales y no para fichar estrictamente su contenido. Más bien para desentrañar a partir de nombres gallegos un pulso de la escritura de Mariano Tudela que es extensible al conjunto del libro. Ese rasgo suyo ante el que ya nos situaba la entradilla de Luz Pozo Garza, más aún cuando la poeta corona el retrato del autor, añadiendo: “[...] faino nunha expresión original e auténtica. Con delicadeza. Rigor. Conciencia crítica. Ética persoal...”.

Bajo ese prisma y mediante su arte literario desfilan pintores –muchas firmas de pintores que nos hacen recordar las paredes del domicilio familiar en la madrileña calle Viriato a la que nos llevara Olivia y que nos hablan de su rico círculo de afectos y de sus amplias miras artísticas–, nombres de la farándula y obra y nómina de otros tantos escritores, muchos de cuyos volúmenes dedicados también cubrían aquellos muros. El mosaico es rico y se multiplica en el calidoscopio de las impresiones y de la capacidad de captación de Mariano Tudela. Así, María Casares, entre la adolescente coruñesa y la exiliada y actriz de éxito francés, pero aún con el deje de Montrove en su castellano; la humanidad en la abstracción de la pintura del coruñés Lago Rivera, también instalado en París; los “monos” y los pies sensoriales y vernáculos de Álvaro Cebreiro y también sus caricaturas; la traducción en lienzo de la tierra gallega por parte de Laxeiro, su inspiración céltica y románica; el marinero de mil singladuras que hay en Urbano Lugrís; la gloria de los años veinte y treinta de mano de Maruja y Cristino Mallo; el pulso por no perder su galleguidad de parte de Luis Seoane entre los años de impuesto distanciamiento; la trayectoria perennemente viva del escritor Vicente Risco; el cruce de caminos lingüísticos, siempre a favor de Galicia, por parte de Valle y de Cabanillas; el coruñesismo consustancial de Wenceslao Fernández Flórez; el verbo de Ben-Cho-Sey entregado a y por Galicia... Mariano Tudela atiende, asimismo, a

olvidados e independientes que suelen quedar de soslayo ante la codificación canónica. De este modo se nos ofrecen retratos insustituibles –lo son por lo excepcional de su existencia en un afán por parte del autor de no perder la memoria histórica (p. 139)– de los coruñeses Alberto de Paz y Mateos y Jesús Concheiro, de Carlos Martínez-Barbeito, de Miguel González Garcés...

El trazo y el detalle, el mensaje transmitido siempre incide en la fibra humana de la personalidad literariamente revisitada. En esto no hay diferencia entre unos y otros. “Bondad, honradez y ternura” se aprecian en Antonio Lago, “honda humanidad” en Urbano Lugrís, “un hombre bueno, generoso, que derrocha amistad a manos llenas” se percibe en Ben-Cho-Sey y “entrañable y viejo amigo” es Manuel Hermida Balado (pp. 143, 155, 190, 192). Virtudes siempre destacadas en los márgenes de la “sana independencia” que se destacan en Carlos Martínez-Barbeito, todos los mencionados parecen responder a la categoría de “artistas honrados”, señalada en 1927 por Julio J. Casal en carta a Álvaro Cebreiro, celebrando las firmas que se requieren para participar en las páginas uruguayas de Alfar (pp. 181, 151). Y es ese un entramado a favor del cual Mariano Tudela tendrá siempre la memoria dispuesta, la palabra justa y también la prosodia clara de un realismo muy de medio siglo, pero que no fuera ajeno a los ajustes de la escritura de entreguerras, aquel tiempo del que vienen no pocas figuras rescatadas por el autor y donde él mismo tiene su raíz. Y con estas armas, en sus manos, no hay riesgo de caer en un articulismo sensibleramente laudatorio. Eso sí, sabiendo tamizar la ternura con el fino humorismo y no esquivando incluso ángulos de raíz expresionista. Habrá de puntualizar nuestro escritor que, ante materias equivalentes, otras firmas periodísticas respetadas –vuélvase sobre el apartado segundo del libro– y él mismo, todos ellos saben en conciencia que, hablar o escribir sobre esto, “... puede resultar en un momento fácil, pero si ese momento se quiere hacer perdurable ya es más difícil, sumamente difícil” (p. 118). Aguarda, así pues, en las páginas de la obra periodística de Mariano Tudela, sobradamente y por todo ello, el placer lector de reencontrarse con un tiempo artístico al que no debiera renunciar el presente.

REFLEXIÓN SOBRE (EL LIBRO DE) MARIANO TUDELA

Mariano Rodríguez González (UCM)

1. ¿Para qué sirve la literatura? No sólo para entretenerse y evadirse; tampoco sirve, sólo, para descansar al final de la agotadora jornada, pero desde luego no para estimular la productividad del país, que es para lo que deberían servir todos los estudios, porque ese y no otro es su sentido, según el Ministro que padecemos. Sino exactamente para nada, no sirve la literatura para maldita la cosa, lo que inmediatamente es lo mismo que decir que sirve para ser feliz (algo así decía Fernando Savater de la filosofía en la Facultad de Historia de la Complutense a finales de 2002).

Y la vida de Mariano Tudela nos muestra bien a las claras que uno puede ser feliz “simplemente” leyendo y escribiendo, y no sólo ser feliz sino hacer que a tu alrededor los demás también lo sean (con esa tu felicidad, que la respiras, que la vas regalando). Porque el que en el fondo es feliz, de la forma en que se es feliz leyendo y escribiendo buenos libros, no necesita meterse con nadie, importunar a nadie, tratar de avasallar a nadie. Los buenos son los felices, son buenos porque en el fondo son felices, y entonces no les hace falta descargar contra nadie la inquina de la vida sin vocación.

2. La literatura serviría sobre todo para poner orden en la vida, para poner la vida en orden, o intentarlo una vez más, aunque, naturalmente, a la larga todos saben que es en vano. Viene a cuento recordar ahora a Sócrates, cuando concluyó aquello de que nada valdría una vida sin examen. Y el examen, aquí, es escribirla. Incrementar el valor de la vida, o “ponerla en valor” como se dice hoy con expresión tan alarmante. Eso lo hacía Mariano Tudela como nadie, poner la vida en orden al escribirla incansablemente en su estudio, holandesas teñidas del marrón del tabaco incesante y mortal.

3. La vida de literatura de Mariano Tudela tenía una raíz que es la misma que a los humanos, según Aristóteles, les llevaría de forma natural a filosofar. La admiración, la perplejidad, quedarse con la boca abierta ante las sorpresas continuas de lo real. La expresión más característica de Mariano Tudela era, sin duda, “¡Atiza!”, un “atiza” que le salía del corazón, de las entrañas,

de lo más hondo, y que le llevaba a escribir, a contar, a narrar, para que sus lectores se quedaran también de una pieza al conocer el caso o el carácter, la situación o el tipo humano chocantes. Cuando la persona se convierte en personaje por medio de la anécdota que cuentan de ella, entonces la admiración se comparte, y así deja de ser molesta, o incluso desgarradora, para convertirse en doma artística de lo terrible real. Nace con el relato lo sublime o lo ridículo, y en Mariano Tudela muchas veces no podemos distinguir entre lo sublime, en él tan modesto, y lo ridículo, en él tan amable.

Era muy coruñés que alguien te contara por la calle algo sorprendente, o sea, cualquier cosa de la vida, y que a renglón seguido, mirándote a los ojos con expresión de triunfo, exclamara: “¡¡Pásmate!!”, embargado por la felicidad surgida del hecho de que se había deshecho de su carga, porque te la había traspasado a ti. En tu perplejidad recién nacida, pero renovada, el coruñés encontraba su felicidad más honda. La felicidad de que ya eran dos los que se pasaban conjuntamente, o sin duda de que él se habría liberado del pasmo y ahora te tocaba a ti liberarte pasándose a la víctima siguiente.

4. Anota Mariano Tudela en la página 57 una frase de Ramón que figura en un telegrama que mandara de América en los años cuarenta: “Aprended la inefable belleza de lo sorpresivo”. En esto podríamos encontrar, sin duda, el núcleo de la estética tudeliana. Porque de lo que se trata, en definitiva, es de rendirse a la belleza del azar, es decir, se trata en el fondo de hacer el mundo habitable, y el azar amable, relatándolo, contándolo, narrándolo. Ese era el modo en que Tudela le daba a la crueldad del azar un rostro humano, justamente celebrando el azar, su inefable belleza. Acertar a reconocer la belleza de lo sorpresivo, y celebrarla ensayando su narración, algo que en rigor no se puede hacer porque esa belleza sería inefable. Por eso, el fracaso final del escritor ante lo incalculable colosal del mundo se da por descontado desde el comienzo, y el escritor, sin duda, lo sabe. Pero se decide a morir en el intento, porque para él es la única manera de traer al mundo una relativa libertad en la que nuestra vida sea posible. Y eso es lo que hacía Tudela cuando escribía, darnos libertad a sus lectores, al hacernos admirar la belleza de lo que en sentido estricto no puede decirse.